



## *Preámbulo*

***E**STE LIBRITO ES FRUTO del remordimiento. En junio de 2011 disfruté por partida doble del privilegio de que me eligieran miembro de la Academia Francesa y de ocupar el sillón de un hombre por el que sentí una sincera admiración desde mis tiempos de universitario: Claude Lévi-Strauss.*

*El ritual de la Compañía establece que el nuevo miembro haga un elogio de su antecesor. Yo estaba encantado de que se me brindase la ocasión de leerme las obras de tan destacado antropólogo —o de volverlas a leer en algunos casos— y de investigar su vida, que no conocía bien. La tarea resultó apasionante gracias sobre todo a Monique Lévi-Strauss, la viuda del profesor, que nos invitó a mi mujer y a mí a pasar una temporada en su finca de Lignerolles, en Borgoña, y que me abrió generosamente los cajones de su eminente marido, además de los de su propia memoria.*

*Si bien guardo un recuerdo maravilloso de los doce meses transcurridos desde que me eligieron hasta que acudí a la solemne ceremonia de ingreso bajo la Cúpula, no dejaba de tener cierto remordimiento.*

*Al leer por encima la lista de quienes habían ocupado el sillón número veintinueve de la Academia antes que el profesor Lévi-Strauss, descubrí*



## Un sillón que mira al Sena

*a un personaje que había sido de vital importancia cuando preparaba mi primer libro: el historiador Joseph Michaud. En una librería del Barrio Latino tuve la suerte de toparme con una edición antigua de su Historia de las Cruzadas en siete tomos, publicada a principios del siglo XIX, de donde saqué datos esenciales que me había costado mucho encontrar en otros sitios. De modo que me propuse rendirle, en el discurso, un homenaje, tanto más entusiasta cuanto que ya nadie se acuerda de este hombre.*

*Sin embargo, estaba tan enfrascado en la extensa obra de mi predecesor inmediato; ansiaba tanto dar a conocer por igual su aportación a la ciencia, su evolución intelectual y su andadura personal, y tenía tanto empeño en citar a otro ocupante ilustre del mismo sillón, Ernest Renan, que se fue a vivir a un pueblo de la cordillera del Líbano para escribir allí su obra más famosa y controvertida, la Vida de Jesús... , que no podía desviarme aún más de mi objetivo refiriéndome a otro predecesor. De modo que, al final, tuve que renunciar al parrafito que había pensado dedicarle al señor Michaud.*

*Me prometí a mí mismo que enmendaría la omisión en cuanto me fuera posible, dedicándole un artículo; o, si surgía la ocasión, una conferencia. Así que me puse a investigar dando por hecho que iba a descubrir al profesor y erudito venerable que cabía esperar de un estudio sobre las Cruzadas tan extenso como el suyo. Pero, a medida que iba leyendo, me encontré con un Michaud muy distinto: un agitador, un aventurero temerario que, en plena Revolución Francesa, acabó encarcelado por sedición y detenido en un lugar por entonces conocido como el Colegio de las Cuatro Naciones, que acababan de convertir en cárcel y que hoy en día alberga... la Academia Francesa. Y fue desde allí de donde salió, debidamente custodiado, hacia Les Tuileries, sede del tribunal revolucionario que se disponía a condenarlo.*

*Aunque no crea en los fantasmas vengadores, no tengo inconveniente en creer en los donosos fantasmas literarios, que merodean por las*



## Preámbulo

*mansiones abandonadas y acechan a las mentes soñadoras. El de Michaud debía de estar presente bajo la Cúpula cuando me puse en pie para pronunciar el discurso de ingreso en el que no me había parecido imprescindible mencionarlo. Pero allí estaba él, muy cerca de mí, sin que yo lo viera.*

*Ahora estaba decidido a hacer cuanto estuviese en mi mano para enmendar el yerro. Me enfrasqué de nuevo fervorosamente en los escritos del historiador y en las peripecias de su existencia (el nacimiento, los viajes, el ingreso en la Academia y, por fin, la muerte). Lo cual despertó mi interés por su sucesor y su antecesor. Y, como una cosa lleva a la otra, por todos y cada uno de los que, antes o después que él, habían ocupado el mismo sillón a lo largo de los cuatro últimos siglos.*

*Me apetecía conocer mejor a todos esos personajes a los que ahora me vinculaba cierta filiación espiritual, con la esperanza de que algunos me deparasen emociones análogas a las que había experimentado con Michaud. Y no me decepcionaron. De hallazgo en hallazgo y de sorpresa en sorpresa, no tardé en decidir que tampoco este trabajo iba a dedicárselo a un solo hombre sino a toda una sucesión.*

*Empezando por el primero de estos «antepasados», del que confieso que no había oído hablar nunca antes de que me tocara sentarme, temporalmente, en este sillón que antes fue suyo.*